

## 42—Yo soy la vid verdadera

«YO SOY la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto» (Juan 15: 1, 2).

Jesús está hablando del cristiano que no da frutos, del supuesto creyente. Alguien que al no cumplir con las condiciones del discipulado, se aleja más y más de Cristo. No lleva en su vida los frutos de justicia; no imita la vida de Cristo. El verdadero seguidor de Cristo no puede tener una norma que sea inferior a que la vida perfecta de Cristo.

### Los frutos y las pruebas

«Y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto». «Lo limpiará». Cristo permite que la prueba venga sobre sus seguidores para que busquen al

---

Sermón basado en Juan 15. Presentado en San José, California el sábado 16 de octubre de 1909. Manuscrito 97, 1909. Señor con mayor fervor. Entonces, cuando las pruebas lleguen, no pensarán que el Señor es su enemigo. Él nos limpia por una razón. No desea que nos desanimemos, sino que quiere probarnos, para ver si somos fieles a él y nos comportamos apropiadamente en cualquier circunstancia. No desea alejarnos, sino acercarnos más al Señor. La única seguridad del cristiano en tiempo de perplejidad está en Dios.

No comenten con otros sus pruebas, porque ya tienen suficiente con llevar las propias, y nuestros amigos humanos no siempre pueden entendernos. Es nuestro privilegio acudir a aquel que siempre nos comprende, porque su vida en la tierra fue una de constantes pruebas y perplejidades, una vida sin fracasos ni pecados.

«Permaneced en mí», dice Cristo, «y yo en ustedes. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco ustedes, si no permanecéis en mí» (Juan 15: 4). Cristo no nos diría esto si fuera imposible para nosotros permanecer en él. Nos muestra la posibilidad y la importancia de una estrecha relación con él. «El que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15: 5).

¿En qué consiste el «mucho fruto» que debemos llevar? Es el fruto de una naturaleza celestial, el resultado de vidas santificadas por el Espíritu Santo de Dios. Cuando permanezcamos en Cristo, y Cristo en nosotros, seremos hombres y mujeres de oración, de verdad, hombres y mujeres que se conducirán prudentemente ante Dios y ante el mundo. A diario obtendremos de Cristo la fortaleza que necesitamos para realizar las obras de Dios. Esto es lo que el mundo necesita, una manifestación del poder de la verdad en los caracteres cristianos. Lo

que necesitamos es fe en la Palabra de Dios. Mediante una fe verdadera tendremos el testimonio vivo de que nuestros caminos agradan a Dios. ¿Oh, de qué nos sirve la religión si cuando nos acercamos a Dios no tenemos la seguridad de que él escucha y contesta nuestra oración?

«Separados de mí», dice, «nada podéis hacer». Entonces permanezcamos cerca del costado sangrante de Cristo. En él, nuestra naturaleza humana es completada. En él podemos llegar a ser partícipes de la naturaleza divina, y vencer la corrupción que hay en el mundo a causa de las pasiones.

«El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, los echan en el fuego y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pedid todo lo que queráis y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos» (Juan 15: 6-8).

No es suficiente que de vez en cuando ustedes eleven una oración, y que de vez en cuando obren píamente. Ustedes necesitan que los atributos de Cristo estén obrando en su vida constantemente. ¿Cuántos de nosotros disfrutamos de esa experiencia? Sin embargo, podemos tenerla, y haciéndola nuestra, seremos el pueblo más feliz sobre la faz de la tierra. Con la palabra de Cristo morando en nosotros, daremos evidencia de que hemos recibido completamente a aquel que en su naturaleza humana vivió una vida sin pecado. En la fortaleza de la divinidad venceremos toda tendencia al mal.

Sin embargo, si los hombres no permanecen en Cristo, «serán echados fuera como pámpanos», y se secarán. El ser humano puede hacer grandes ostentaciones de piedad, pero si en sus transacciones comerciales no revela que el Espíritu Santo de Dios gobierna sus palabras y acciones, mejor es que no aparente nada. La vida y muerte de Cristo no benefician en nada a quien elige hacer lo que le place, a quien sigue su propia imaginación y sigue su propio camino y voluntad.

«Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Juan 15: 9, 10). Agradecemos a Dios de que este es nuestro privilegio. Aunque somos enviados al mundo, podemos mantener delante de nosotros el ejemplo del Hombre modelo, y en su fortaleza implementar principios de superación. Únicamente el cristiano victorioso alcanzará el reino de los cielos. Que Dios nos ayude en este asunto, es mi oración. Intentemos guardar sus mandamientos en todos nuestros tratos con los demás. No solamente cuando hablamos, sino cuando vivimos nuestra religión; entonces demostraremos que somos pámpanos de la vid viviente.

«Estas cosas os he hablado», continuó diciendo el Salvador, «para que mi gozo esté en ustedes, y vuestro gozo sea completo» (Juan 15: 11). Creo que algo se

logró cuando los discípulos oyeron eso. ¿No creen ustedes que si tuviéramos ese gozo completo, actuaríamos como lo hicimos cuando por primera vez sentimos el poder santificador de Dios en nuestros corazones? Cuando esperábamos la venida del Señor en los primeros días de este mensaje, lo alabábamos en nuestras oraciones y en nuestra conversación. No había ni una pizca de fanatismo entre aquellos que verdaderamente amaban al Señor y estaban buscando su gloria.

### **La verdadera religión**

La verdadera religión no exige grandes manifestaciones corporales como las que algunos de ustedes han tenido la desdicha de presenciar. Estas no son evidencias de la presencia del Espíritu de Dios. En 1843 y 1844 fuimos llamados a enfrentar ese tipo de fanatismo. Algunos decían: «Tengo el Espíritu Santo de Dios», llegaban a una reunión y rodaban como un aro. Si algunos no recibían esos actos como una evidencia de la obra del Espíritu de Dios, eran considerados impíos. El Señor me envió a enfrentar ese fanatismo, aunque apenas tenía dieciséis años de edad. Algunos se me acercaban y me preguntaban, ¿por qué no te les unes? Respondí: «Tengo otro Guía, uno que es manso y humilde de corazón. Uno que no hizo tales manifestaciones como están ustedes haciendo aquí, ni tales alardes. Estas manifestaciones no son de Cristo, sino del diablo».

Cada pizca de egoísmo debe ser eliminada del carácter. Hemos de mostrar la diferencia entre los amantes de los placeres y el mundo y los que aman a Jesús. «Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Ustedes sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando» (Juan 15: 12-14).

Todo lo que el Padre le comunicó a Cristo, él lo dio a conocer a sus seguidores: «Ya no os llamaré siervos», afirma, «porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer» (Juan 15: 15). ¿Cómo se logró esto? ¿Tan solo mediante palabras? No, a través del carácter, a través de la vida diaria. Fue así que Cristo representó a su Padre. Mis hermanos y hermanas, demostremos que somos pámpanos de la vid viviente al representar el carácter de Cristo. Mediante una vida fructífera hemos de dar a conocer la verdad de la Palabra. Ustedes podrán profesar una religión tan elevada como los cielos; pero a menos que cumplan los mandamientos de Dios, no estarán manifestando efectivamente el amor de Cristo al mundo.

«Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: “El siervo no es mayor que su señor”. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado» (Juan 15: 18-21).

«Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado. El que me odia a mí, también a mi Padre odia. Si yo no hubiera hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto, y me han odiado a mí y a mi Padre. Pero esto es para que se cumpla la palabra que está escrita en su Ley: “Sin causa me odian”. Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio” (Juan 15: 22-27).

La diferencia entre el carácter de Cristo y el carácter de los hombres de sus días era evidente, y debido a esa diferencia el mundo lo odiaba. Lo odiaba por su bondad y su estricta integridad. Cristo afirmó que quienes manifiesten esos mismos rasgos serían igualmente despreciados. Al acercarnos al fin del tiempo ese odio hacia los seguidores de Cristo se hará más y más patente.

Cristo se humanó y soportó el aborrecimiento del mundo a fin de mostrar a los hombres y mujeres que ellos podían vivir sin pecado; que sus palabras, sus acciones, su espíritu podrían ser santificados ante Dios. Podríamos ser cristianos perfectos si manifestáramos este poder en nuestras vidas. Cuando la luz del cielo descansa sobre nosotros en forma continua podremos representar a Cristo. La justicia que Cristo reveló en su vida fue lo que distinguió del mundo y provocó que el mundo lo odiara.

### **Entre el cielo y el infierno**

Estamos acercándonos a la conclusión de la historia de este mundo. Recordemos que hay un cielo que ganar y un infierno que rehuir. Hay algunos entre nosotros que rehúsan purificar sus almas por la obediencia a la verdad, e introducen sus sofismas para mostrar que quienes se adhieren estrictamente a un «así dijo el Señor» son demasiado raros. Desean desviar la mente de la pureza, la verdad, la santidad y el desarrollo cristiano del carácter. Sin embargo, dichas almas están del lado de Satanás

¿Acaso acusarán a Dios de severidad y dureza aquellos que rehúsan convertirse, que rechazan el privilegio de entrar por las puertas de la ciudad? El resultado de permitir que un solo pecador entre al cielo provocaría una segunda rebelión, y Dios no puede permitir otra. Todos los que entren en la ciudad celestial tienen que ser santificados mediante la gracia de Dios. Sus debilidades deben ser colocadas en relación con la verdad, para que la verdad se convierta en su más firme rasgo de carácter. Únicamente aquellos que han guardado la verdad, que la han observado en la práctica, podrán entrar por las puertas de la ciudad de Dios.

Las palabras de Cristo son para su pueblo de todas las edades, para nosotros que vivimos en los momentos finales. La prueba que vendrá sobre nosotros gira alrededor de los mandamientos de Dios. Únicamente al participar de la naturaleza divina aprenderemos a vencer. Oro para que nadie de esta congregación pueda

tomar con liviandad ese gran privilegio, sino que cada uno pueda ser un pámpano viviente de la vida verdadera, dando frutos para la gloria de Dios.

En la vida de Cristo se ha manifestado la norma perfecta para cada hijo de la raza humana. Desde la niñez hasta la edad adulta, la vida de Cristo fue perfecta, enseñándonos que deberíamos buscar la perfección en todo. Él aplicó este principio al trabajo que realizaba en el taller de su padre. Algunos se reían de él debido a lo cuidadoso que era. Sin embargo, él no se apartaba de su objetivo de lograr de aquello que era imperfecto algo que soportara cualquier prueba o análisis.

Tanto en su vida espiritual, como en la temporal, Cristo fue perfecto. ¿No tuvo él tentaciones? Sabemos que las tuvo. Asimismo, que le asaltó toda clase de tentación. Él sabía qué era una prueba. Pasó noches enteras orando a su Padre. Luchó con los poderes de las tinieblas hasta que venció. ¡Y cuán plenamente fue revelada la gloria del Padre a través de él!

¿Acaso no deberíamos honrar a Aquel que entregó a su Hijo a una vida de vicisitudes y oprobio por nosotros? Al entregar a su Hijo a esa vida de sufrimientos, Dios quiso enseñarnos que el sufrimiento no es razón para que creamos que ya no somos sus hijos, y así perder la fe en él. Cuando estemos en problemas, pensemos en esto. Si tuviéramos más fe, veríamos más la gloria de Dios de lo que la vemos ahora.

### **El ejemplo de los padres**

Pienso en los niños de nuestras familias. ¿Les estamos enseñando a vivir de tal forma que las puertas de la ciudad de Dios les serán abiertas? Que los padres y las madres consideren la solemne obligación que descansa sobre ellos: enseñar a sus hijos el camino del Señor en bondad, ternura y amor. La madre debe ser el primer maestro de su hijo. Padres, sean amables y tiernos con sus hijos, y ellos aprenderán a ser amables. Demostremos en nuestros hogares que somos cristianos. Estimo como inútil esa profesión que no se manifiesta en la vida hogareña por medio de la bondad, la tolerancia y el amor. Busquemos formar caracteres según la semejanza divina. Mantengamos una conexión viva con el cielo.

No olviden que la bienaventurada recompensa del reino de Dios está aguardando a aquellos que en esta vida procuran la semejanza divina. Allí no habrá más prueba, ni aflicción, ni dolor ni muerte. Allí recibiremos la corona del vencedor y el arpa de oro. No por unos pocos años, sino que desde la eternidad hasta la eternidad viviremos para entonar el canto de alabanza al Cordero. ¿Se esforzarán ustedes por obtener estas bendiciones eternas? ¿Entregarán sus corazones sin reservas a Dios? Él lo desea. Está listo para aceptarlos, para perdonarlos cuando ustedes se arrepientan y se aparten de sus pecados. Podrán caer repetidas veces, pero una y otra vez él los perdonará si ustedes se arrepienten en verdad; y al final

él los hará más que vencedores, por medio de Aquel que los amó y los lavó en su propia sangre.